

Julio Arboleda

Por Guillermo Valencia

(Como tributo a la memoria del insigne hombre público y altísimo poeta, en el primer centenario de su muerte, reproducimos este admirable discurso pronunciado el 9 de junio de 1917, en el primer centenario del nacimiento de Arboleda y cuya vigencia conceptual en nada ha menguado con el correr del tiempo).

He aquí una fiesta para la cual veníamos todos preparados, y no porque de antemano hubiésemos echado cuentas sobre este 9 de junio en que se cumple un siglo del nacimiento de don Julio Arboleda, sino porque su memoria cobra cada día mayor brillo en el recuerdo de sus compatriotas.

La honorable Asamblea del Cauca, que dispuso colocar en su salón histórico el retrato del héroe, ha querido, por lo corto del tributo, ponerle al homenaje un simpático sello de paternal modestia, ya que, a fuero de generación, bástale solamente a la patria chica ofrendar a sus epónimos, en vida o en muerte, y recibirlos luego, en la segunda existencia que inicia la apoteosis, sin otro gesto que el sonreír complacida de maternal orgullo.

En este mismo día y hora, la capital de la república, fiel testigo de muchas glorias de Arboleda, inaugura su busto; comisiones de todo el país le ofrendan guirnaldas simbólicas; la prensa evoca su recuerdo, y antiguos compañeros que aún le sobreviven en cortísima cifra, sienten que un algo de sí mismos ha entrado a la inmortalidad, y todos experimentamos la indefinible atracción que aquel poderoso **imán** ejerce en nuestras almas, arrastrándolas así con un imperio ciego a que no es dable resistir. ¿Qué de extraño, pues, si yo parezco aquí a poner letra vulgar y desgarrada a la sublime sinfonía que está colmando todos nuestros espíritus? Descartado el natural prestigio de que viste el correr de los años a toda gloria auténtica, a quien el futuro dilata en su caja de resonancia que se complace agigantando el eco de los grandes nombres en las oquedades del tiempo; aquilatada la verdad histórica en los crisoles de la más severa crítica, es evidente que Arboleda tuvo

un sello genial que lo distingue sintéticamente de todos los prohombres de la segunda generación republicana. Consumada la independencia; visible en el cielo patrio el sistema a que sirvió de centro el divino sol caraqueño, aparece en el horizonte histórico la inmediata constelación neogranadina. Aunque menor en años que muchos de los personajes que figuraron en primera línea después de 1830, y aunque le superasen en popularidad o buena fortuna, ninguno reunió en más alto grado que Arboleda mayor cúmulo de cualidades eminentes. Comparadlo con los grandes caudillos de la época: Obando, López, Mosquera, Herrán, Murillo; parangonadlo a discreción con los guerreros, y decidnos si la espada de Guaduas, Bosa, Tres Esquinas, Bogotá, Gaira, Los Arboles, Popayán, Cabuyal, Vilachí, Aganche y Tulcán, cede en brillo a la de sus émulos y camaradas. Radiaban todavía o comenzaban a lucir estadistas, escritores y políticos de la talla de Justo Arosemena, Sergio Arboleda, Eusebio Borrero, Vicente Cárdenas, Rufino Cuervo, Florentino González, José Ignacio de Márquez, Pedro Fernández Madrid, Manuel María Mallarino, Mariano Ospina, José Joaquín Ortiz, Manuel de Jesús Quijano, Ezequiel Rojas, José María Samper, Ricardo Vanegas, etc.; hombres eminentes, si los hubo; varones eximios de que muy pocos ha producido la nación después, y, no obstante, Arboleda logró superarlos a todos, no por la extensión de las labores, ni por la preparación disciplinaria, ni por la madurez técnica, ni por el largo ejercicio en las faenas del gobierno, sino por aquella intensidad singularísima que supo darle a cuanto hizo, por aquel eretismo cerebral, hijo de su alma siempre ardiendo, por aquella radioactividad creadora que con un mínimo de recursos sacaba a la luz un mundo de sorpresas y portentos. Si hemos de exceptuar a José Eusebio Caro —el prodigioso mancebo que tanto se le parecía—, los demás camaradas de Arboleda son el espejo de su tiempo; copian con pasmosa fidelidad las encontradas corrientes de la época; ostenta cada uno —si vale la frase— la prevista estratificación ideológica, producto del convulsionismo intelectual de aquellos días. En el proceso mental de todos esos compatriotas puede advertirse, con la misma exactitud que en la corteza terrestre, la distinta superposición para cada ciclo; lo que corresponde a cada influencia exótica; a las condiciones peculiares de cada medio; a los grandes postulados trashumantes venidos desde Washington, de Londres o París; a la dispersión metódica de las espigas que arrojara normalmente en nuestra parva espiritual el ciclón romántico y revolucionario que sacudió la Francia de 1830 y la Europa de 1848. En muchos de aquellos estadistas pueden seguirse las ideas de Guizot, de Constant, de Proud-hon y Luis Blanc, de los peregrinos de *L'Avenir*, de Le dru-Rollin, de Michelet, de Quinet, de Lamartine, materia prima de casi todos los discursos, libros o editoriales de la producción colombiana de entonces. Sólo en la obra de Arboleda se ostenta un sello propio que relleva la alta personalidad de su dueño. Centenares de arengas pronunciáronse entonces; parlamentarios y tribunos se erguían por dondequiera, y ¿qué oración de aquéllas ha llegado hasta aquí, que pueda medirse con la en que dio posesión al Vicepresidente Mallarino (1855)? Pululaban los folletistas, y ¿cuál entre ellos puede parangonarse con el autor de *El Misóforo*? Cuatro guerras generales convidaron a la pelea, en vida de Arboleda, y qué

guerrero, entre tantos, realizó por su fama aquel anhelo que expresó Terencio en un verso mediocre:

“Et digito monstrari et dicier: Hic est”

“Ser señalado con el dedo y que digan ¿es éste?”

Fuerza es convenir en que tamaña individualidad tenía algo de extraño que atraía y subyugaba: era esa fuerza imperiosa de indiscutible superioridad que vio “el ogro heróico de Augerau” en los ojos de Napoleón; era ese prestigio indefinible y avasallador con que el Padre de la Patria supo imponerse a Páez en la entrevista de Payara. Pensárase que al describirlo el León de Apure tuvo delante de los ojos al poeta-soldado. “Hallábase —dice Páez del Libertador— en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procera, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila, circunstancias que suplían con ventaja lo que a la estatura faltaba para sobresalir entre sus acompañantes. La tez tostada por el sol de los trópicos, conservaba, no obstante, la limpidez y lustre que no habían podido arrebatarse los rigores de la intemperie y los continuos y violentos cambios de latitud por los cuales había pasado en sus marchas. Para los que creen hallar las señales del hombre de armas en la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que había ganado con ser imaginado; pero el artista, con una sola ojeada, y cualquier observador que en él se fijase, no podría menos de descubrir los signos externos que caracterizan al hombre tenaz en su propósito y apto para llevar a cabo empresa que requiera gran inteligencia y la mayor constancia de ánimo.

“A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial; el carácter apacible en el trato familiar, impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado; hermanando así lo afable del cortésano con lo fogoso del guerrero.

“Era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas y diestro en el manejo del caballo. En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes; pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y mientras duraba, tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada”.

Decidme ahora, vosotros, canosos veteranos que acompañasteis al héroe en tantas lides, reliquias venerandas del pasado épico, si es verdad que el hombre que vio Páez se asemejaba... al vuestro. Ya la similitud fue advertida por los contemporáneos de Arboleda. El había nacido para mandar: “Los generales veteranos —dice uno de sus biógrafos— le cedieron el mando, inclinándose ante la supremacía del genio; y los ejércitos le obedecieron porque en sus palabras presintieron y adivinaron al caudillo que los conduciría a la victoria”.

Grandes hombres existen que, en consonancia con el plan divino, desarrollan armónicamente cualidades excelsas para completar la resultante de que son factores. Esos afortunados alcanzan muchas veces la cima del ideal a que tendieron, si como estadistas, si como guerreros, si como periodistas, si como sabios, si como fundadores, si como apóstoles, si como ciudadanos. Ellos suministran hombres al ilustre catálogo de la biografía de selección; en los vastos edificios históricos visiten los muros seculares con el áurea pompa de sus galones y los nobles pliegues de sus togas; con el prestigio amargo del tricolor presidencial, o el brillo extraterrestre de la sagrada investidura. Pero su obra, tomada aisladamente, sólo señala una dirección personalísima. A la verdad, pensaron y gobernaron y combatieron y escribieron y enseñaron e instituyeron y predicaron y vivieron... para otros: para el cortísimo número de **representativos** que encarnan en cada pueblo las vastas síntesis humanas. Arboleda uno de ellos: más que una individualidad era una **institución**. Sólo así pueden explicarse su prestigio y su influjo.

Desde el grito emancipador del año 10 hasta la disolución de la Gran Colombia en 1830, se trabajó por la independencia bajo la égida del Padre de la Patria, y fue ese el primordial problema que tan gloriosamente resolvieron los fundadores. A medida que se afirmaba la nacionalidad y se borraba el peligro de una reacción externa, surgía aún más medroso y ceñido que el de la creación misma de la Patria, el problema de su supervivencia. Sacar del pasado abolido la vida administrativa y política de la nación era empresa digna de los creadores de la primera etapa. Muerto Bolívar, eliminado Sucre, quedó la Nueva Granada en manos del general Santander y sus compañeros a quienes tanto debe la organización civilista del país; empero, el cucuteño ejecutó en el orden político obra fragmentaria, pues para aquella magna empresa eran menester, además del patriotismo, energía y competencia del Hombre de las Leyes, una supremacía genial de que no estaban dotados ni él ni los otros próceres que, durante varios lustros y espada en mano, salieron a disputarse el gobierno de la república. Tengo para mí que si un hado funesto no hubiese hecho surgir a Arboleda en tan revueltas horas y cortándole prematuramente la vida, él habría sido el genio político de la segunda etapa; la reencarnación más auténtica del Padre de la Patria, purificado ya de sus errores en el crisol de tantas amarguras; el venturoso heredero del genio del Libertador, que sobre sus méritos reales tenía además el de sentir la conciencia de su propia grandeza. En 1855 escribía a don Mariano Ospina: "Tengo la desgracia de creer que la sobra de notabilidades es lo que impide que la Nueva Granada se componga. Maquiavelo ha dicho: "La república la funda uno solo".

No todo fuera en él dones gratuitos de la omnipotencia municipal: de ella recibió sin duda, además de sus personales circunstancias de nombre, preeminencia y fortuna, intelecto vivaz, excepcional poder intuitivo, ánimo entero y varonil, cualidades todas a que servía de eje una voluntad viriática. Con ella fue vistiendo, mejorando, puliendo, todos los dones recibidos, con tanto cuidado y constancia, que le llevaron a envidiables alturas en los varios campos en que ostentó después los bríos de su actividad soberana. Como en aquellos tiempos se estimaban

en tanto las letras, que alcanzan por sí solas aun a simular la grandeza, nutrió Arboleda ávidamente su espíritu con la medula jugosa de los grandes clásicos: Homero, Virgilio, Dante Petrarca, Tasso, Shakespeare, Byron, Racine, Corneille, Camoens, Rioja, Quintana, en sus lenguas originales, volaban de su boca, como abejas divinas cargadas con las mieles de la eternal floresta, que entregaban a los oyentes embelesados la dulzura y aroma de los mágicos panales de su dueño. Ese fuerte ejercicio mental, ese vencer dificultades para violar los sellos de los idiomas extraños; ese aprender la historia humana, no en el recuento adocenado y farragoso del colector profesional de sucedidos, sino en las claras páginas de los historiadores artistas que recogieron la verdad desnuda y la mostraron a los hombres noblemente ceñida en su diáfana túnica de belleza; esa constante disciplina con que doma el alma la matemática, le sirvieron de contrapeso a su espíritu inquieto, apasionado y vehemente. Ser un literato cumplido del Real Colegio de Londres fuera meta envidiable para otros, no para el futuro estadista que quiso y consiguió sentirse maduro en ciencias sociales y políticas. Ese vasto arsenal de conocimientos aseguraba la superioridad de Arboleda en todas las lides que trabó: como periodista, como tribuno, como diplomático; en medio a las más tristes, vulgares y azarosas realidades de la existencia democrática de aquellos tiempos, descúbrese en don Julio el influjo de su educación clásica. Ora le mueven los grandes repúblicos de las edades antiguas, ora los príncipes del Renacimiento italiano. En el combate recuerda a veces la mesurada gallardía de Julio César; en otras, el arranque impetuoso de los héroes de Osián, o la frialdad elegante de Byron, o el felino y certero golpe de Condé. Vive en una atmósfera supraterránea; agítase en un campo extraño a las miserias circunstanciales; son frecuentes en él las mudeces pavorosas de las águilas reales del pensamiento. En esas horas tiéndese como una zona glacial que lo distancia de sus compañeros en quienes comienza el reino insalvable del silencio. Antes de romper la pelea, recorre el frente del ejército al galope tendido de su caballo, electrizando a los soldados con el verbo encendido que mana a borbotones de su boca convertida en cráter. En esos fugaces instantes de intensidad milenaria queda rendida la Fortuna y enamorada la Victoria: de allí partía el soldado a morir sonriendo, volaban de allí los esforzados capitanes a conquistar para su ínclito Imperator los ásperos laureles empapados en sangre. Así, Arboleda, soberbio y pujante y profundo como el mar, gustó también, como éste, de darles un ritmo a sus empeños; de coronar con la sonrisa de las espumas la férvida amenaza de las tempestades; de iluminar las noches tormentosas con los crines fosforescentes de las olas salvajes. ¿Acaso el divino César no amó también las letras y no llegó a ser émulo feliz de los mejores apolonidas de su patria? En eso estriba precisamente la superioridad de Arboleda. Su espíritu, vaciado en moldes clásicos, lo sublimaba en toda empresa; mientras que sus camaradas o rivales actuaban como meros hombres, agitábase Arboleda en un plano superior, y en tanto que ellos tendían hacia finalidades humanas, demasiado humanas, el otro laboraba **sub specie aeternitatis**.

Mas no todo quedará en el etéreo campo de las idealidades: ese hombre de las alturas sentaba también su planta firme sobre el pro-

pio suelo en que vivía. El desorden ambiente, la crónica revuelta, el militarismo nacido a la sombra de las luchas emancipadoras, que no se resignaba a ceder de grado ante las togas, se ofrecían a la mente de Arboleda como la antítesis de todo aquello que formaba el fondo clásico de su temperamento: brutalidad, falta de proporción, carencia de normas, desconocimiento funesto de la tradición cultural, grotescas mascaradas en que la tiranía iba ceñida con el gorro frigio, sistemática destrucción de cuanto noble y bueno había sobrevivido a la Colonia, ese era el cuadro pavoroso de la época. La patria estaba partida en dos grandes zonas para vencedores y vencidos; la sociedad entera temblaba en sus cimientos ante la ruda acometida de la desaforada e inacabable contienda. Aún no se precisaban las líneas deslindadoras de los dos grandes partidos históricos. En el fondo de ambos palpataba idéntica aspiración hacia la libertad, sólo que unos la buscaban únicamente como fin, en tanto que los otros aspiraban a ella por mediación de la justicia; **Injusticia libertas** fue después una divisa política: "Justicia será sabiduría" escribió años más tarde don Sergio Arboleda. Con sagacidad que sorprende fueron haciendo luz, en medio de aquel revuelto caos, los padres de nuestras ideas políticas. A la sombra de caudillos que estimaban base esencial del orden, el mantenimiento de la religión católica —a la que fueron leales algunos de ellos— se maquinaba sordamente contra la independencia de la Iglesia. Aún no se había querido comprender que el derecho de patronato, explicable por el patrocinio efectivo otorgado por una gran potencia europea a los intereses católicos, no podía exigirse que pasara a título gratuito a una república naciente y sin medios de garantizar, defender y propagar con la misma eficacia, perseverancia y largueza que España, la religión de Jesucristo. Y si es verdad que aún no estaba fijada solemnemente la línea divisoria entre el cesarismo y la Sede Apostólica, la doctrina eclesiástica universal era fija y muy clara desde remotísimos tiempos. Aunque hubo conflictos, y no escasos, antes del año de 1851, fue en la década corrida entre éste y el de 1862 cuando terció Arboleda por modo magistral, como glorioso sustentante de las religiosas tradiciones patrias, reparando con la intensidad, hidalguía y nobleza que le eran características, un momentáneo eclipse de su fidelidad disciplinaria (1848).

La labor doctrinal de Arboleda anda todavía dispersa por los papeles públicos esperando que la gratitud patria la rescate al incalificable olvido en que se le ha mantenido hasta hoy. Allí se encuentra la más pura doctrina sociológica engastada en los primores y refinamientos de un estilo cultísimo y pulcro: profundidad de pensamiento, perspicaz análisis de los hechos, inagotable acopio de recursos científicos, vastísima provisión histórica, puntos de vista en que se revela un poder intuitivo genial; en fin, cuanto de más sazonado y gustoso pueda ofrecer un ingenio cristiano, sabio, fogoso y brillante.

En esta ciudad fundó **El Patriota** (1837-1838), **El Independiente** (1838-1839), **El Payanés** (1843) y **El Misóforo** (1850); en Bogotá, **El Siglo** (1848); colaboró en **El Constitucional**, del Cauca; en **El Día**, **La Época**, **El Porvenir** y otras hojas capitalinas, y en **La Revista**, **El Intérprete** y **El Comercio**, de Lima (1852). Seis folletos más (1841-1852) completan su equipaje político, sin contar el inmortal discurso a Mallarino

(Gaceta, de 1855) y otros sobre un proyecto de división territorial (*El Día*, 1844), los que, con una colección de poesías editada más tarde bajo los auspicios de su familia, con un estudio magistral de don Miguel Antonio Caro, integran la obra escrita que nos dejó el caudillo. El alto expositor de tan nobles principios trocaba las luchas de la tribuna y el periódico con las aún más ardientes y peligrosas de la guerra. Nunca creyera completa su intervención si el guerrero no hubiese concurrido a jugar la vida en testimonio de la sinceridad del publicista y del político. En las cortas treguas y breves armisticios que le otorgaba a la patria la discordia, procuraba Arboleda rehacer su fortuna que salía siempre quebrantada de las guerras civiles, en las que, triunfe quien triunfe, la propiedad privada ha de servir perentoriamente, en una u otra forma, de víctima propiciatoria.

Apenas rendido a sus lares, y abandonada el aula universitaria en que cursó derecho civil y ciencias políticas (1838-1839), sienta plaza de teniente en el ejército legitimista. Ayudante de Herrán en Pasto, llévale al Ecuador delicada misión diplomática ante el general Flores, la que desempeñó con "acierto sumo". Pasa al norte siguiendo la campaña bajo las órdenes de Herrán y Mosquera; regresa con éste al Cauca; combate en Riofrío; lucha en vano por salvarle la vida a Salvador Córdoba y a sus compañeros; pelea en La Chanca, y ya nuevamente entre los suyos —con el grado de sargento mayor— parte de Popayán a desempeñar importantísimo cargo en la ciudad de Panamá.

Restablecido el orden después de tres años, se abre para Arboleda una era de apacible sosiego. Empieza entonces, en el retiro del campo, a escribir su **Gonzalo de Oyón**; de allí le arranca el voto de sus conciudadanos que lo empujan al Congreso como representante por la costa del Pacífico. Inicióse entonces como orador parlamentario.

La elección de López (7 de marzo de 1849), sorprendió a Arboleda en sus haciendas del Valle del Cauca, y fue el punto de partida a una de sus más agitadas épocas. Abrió campaña contra el gobierno del general payanés y fundó **El Misóforo** (13 de junio, 27 de noviembre de 1850). Reducido a prisión por obra de un discurso vehementísimo, se le excarcela con fianza; hostigado de cerca, emprende fuga hacia el sur; llega a Quito; sabe que la revolución de que él hacía parte se ha encendido; regresa al Cauca al frente de algunos emigrados, y tras los desastres de Buesaco e Itanjú se dirige al Perú venciendo mil dificultades, y vive allá tres años, en compañía de su hermano Sergio, Vicente Cárdenas, Leonardo Canal; de Jacinto Luna y Ricardo Vejarano, que aquí me están escuchando, y de otros fieles camaradas.

Si la revolución de 1840 le costó la tercera parte de su fortuna, la de 1851 le dejó no menos agotado y, para colmo de desventuras, en el saqueo de su casa de Caloto "desaparecieron algunos cantos del **Gonzalo de Oyón**" que él procuró rehacer en Lima con penosísimo trabajo. Saboreaba apenas en Nueva York, al lado de los suyos, el fugaz reposo a que tenía derecho, cuando tocóle asistir al Senado de 1854, elegido por el Chocó. Tras el golpe cuartelario del 17 de abril, el coronel Arboleda organizó una columna cuyos heroicos hechos constan en los documentos oficiales de aquel año. Arboleda fue uno de los más ga-

llardos paladines de la restauración republicana que puso término a la dictadura de Melo.

Coronado el esfuerzo, regresó el caudillo a París (1855), después de dar posesión del mando supremo al Vicepresidente Mallarino.

Llamado por el Presidente Ospina en 1860, inicia la penosísima cuanto infructuosa campaña de Santa Marta, y con los elementos aprovechables que, a fuerza de valor y constancia, pudo salvar de aquel desastre, organizó en Panamá una expedición sobre el Cauca, “eficazmente auxiliado —dice Caro— por el intendente don José Marcelino Hurtado”.

¿A qué repetiros aquí lo que para fortuna vuestra podéis escuchar ahora mismo de labios de Gregorio Arboleda, Angulo, Bedón, Cepeda, Eguizábal, Delgado, Luna, Mazorra, Mosquera, Muñoz, Rebolledo, Ruiz, Vejarano, confidentes o compañeros del infortunado cantor de **Pubenza**? Que os relaten ellos, con los vivos colores de la realidad, aquella inenarrable epopeya en que el Caudillo portentoso tornaba las dificultades en sucesos prósperos, las privaciones en alegrías, los dolores en fortaleza, las temeridades en éxitos felices, la exigüidad de medios en magna fructificación de venturanzas. Ellos pueden contaros lo que fueron la batalla de Los Arboles, la jornada del 10 de agosto, Quinamayó, el asalto de Vilachí, y el homérico empeño del Cabuyal y Los Cristales; que os digan ellos de la carga de Aganche y el Guanacas, del inverosímil triunfo de Tulcán y, como fin de tan heroica reseña, que os relaten también el malhadado término de su jefe inmortal.

Aquella labor ímproba obedeció tan sólo a un alto sentimiento de amor patrio. Acaudalado como era, bien pudo el noble prócer esquivar su daño en 1840, cuando aún no tenía compromiso alguno con la política, o ya aleccionado por ésta, dejar hacer en 1851. Menos pudieron el desabrimento de los suyos, la creciente inquina de sus adversarios, las asechanzas homicidas de que escapó más de una vez en la revolución que fracasó en el sur, hacerle dejar para siempre carrera tan penosa, que sólo brinda pesares y nunca galardona con el alterno gajo de la gratitud y la tranquilidad. Meditad a qué precio no se habría conquistado aquella neutralidad en las contiendas de 1854 y 1860. Mas, ¿qué habría podido ofrecerse a esa alma diamantina que rehusó siempre los honores y lo puso todo al servicio de sus ideas? “Yo no he ido a la guerra —dijo después de 1840— a vender mi vida por una paga vil, sino a rescatar con mi sangre y mis propiedades la libertad atacada por la anarquía”.

Para que nada faltase al admirable conterráneo, el proceso de su actividad era completo: la realidad presentábale el tema, reaccionaba ante él la conciencia mostrándole el camino; el deber impelíale clamorosamente al periodismo, a la tribuna, al campo de batalla, y, cuando ante sus propios ojos quedaba restablecido el equilibrio, se daba a transformar, con su mágica vara de artista, todas aquellas crudezas de la vida real, todos aquellos postulados de la sana razón, todas aquellas conquistas de su pesquisa diligente o de su sagacidad no burlada, en las más bellas concreciones de luz de que puedan ufanarse los tesoros del ritmo.

¡Cómo resplandece la unidad de esa vida en cuanto escribió, dijo o ejecutó para ejemplo! Toda su poesía es un inflamado salmo a Dios, al cristianismo, a la virtud; un mágico himnario de la piedad, el patriotismo, la hidalguía, la fortaleza y la esperanza. Su espíritu creyente reverenciaba a Dios con aquella humildad férvida y temblorosa de los grandes doctores cristianos.

El Ser Supremo era centro geométrico para la esfera de su alma. Todos sus pensamientos, sus palabras todas pregonan una cabal equidistancia del núcleo divino que se entraba a su espíritu. Momentos antes de rodar atravesado por el plomo alevé, hacía borrar el nombre de Dios escrito en el camino, para impedir que fuese hollado, y como el ayudante probase incautamente a suprimir con el pie la santa cifra así escrita, indignóse Arboleda y obligóle a que con mano reverente velase, y con respecto, lo que la inconsciencia o la blasfemia allí trazaran.

Después de Dios, la Patria. Qué voces tan sentidas logró ella arrancarle de lo más hondo de las entrañas. Ora la ensalza como a un numen, ora la requiebra como a esquivia beldad; ya rememora sus glorias; ya sublima sus hijos ilustres; o celebra su hermosura paradisíaca; o la acompaña sollozando por el viacrucis de sus amarguras. Y si la amó en conjunto, con el intenso afecto filial que lo impelió tantas veces a aventurar la vida, de un cabo al otro de su suelo, para la patria chica tuvo ternuras especiales, arranques líricos de la más suave y honda melancolía. Vivan siempre en nosotros y en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos esas frescas estrofas en que quedaron consagrados los fastos inmortales de la patria bifronte:

¡Oh salve tú, mi patria granadina,
querida al corazón, grata a la mente!
Si en el exilio tu bardo peregrina,
no se ha secado del amor la fuente
en su pecho filial; y aunque él inclina
al extranjero la humillada frente,
aún no ha amellado tu injusticia inmensa
el hierro que blandiera en tu defensa.
¡Yo te amo! Aunque tu mano me arrojara,
madre, como a reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara
y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah, quisiera tener voz alta y clara
sólo para ensalzarte; y que ese lazo
cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
nos uniese en la muerte y en la historia!

Cumplidos están tus anhelos ¡oh soldado! ¡oh poeta! Atado quedaste a la patria: en muerte, sucumbiendo por ella, y en su historia, porque sus magnos hechos, cogidos con el broche de tu nombre, ornan el áureo libro. Tragóse el olvido, uno a uno, a muchos de los hombres que combatiste sin temor y sin tregua; disipado por siempre su efímero poder con el polvo de sus huesos, tus obras resplandecen perennes con la frescura matinal de lo que fue destinado a la inmortalidad. Aquellas heladas prisiones, parando brevemente tus vuelos, procuraron

el choque al acero de tu carácter, de que brotó el incendio que iluminó tu siglo y, propagado al nuestro, seguirá haciendo arder oleadas de generaciones. Todo confluye a redimirte: tu pecho destrozado, tu gallardía, tu generosidad, tu patriotismo, tu genio. ¡Con tu grandeza has comprado el silencio de nobles corazones que atravesaste de claro con tu filoso estilo! Para consuelo de tu esfuerzo, el grupo de tus camaradas te ha sido fiel hasta la muerte; el fuego de tu amor sin mengua ha ardidado sobre el ara en que ellos asientan sus penates, y la antorcha encendida, que simbolizó tu gloria, ha llegado hasta nosotros, como pasaban antiguamente las hachas inflamadas a los mancebos atenienses en el rito de las Panateneas.

Cada palabra tuya ha hecho germinar millones de pensamientos; con cada gota de tu sangre seguirán redimiéndose hasta el fin inúmeros cautivos del error insano.

Esa patria que tú serviste no es ya la caverna de fieras por donde paseaste, como el profeta de Babilonia, tu impavidez sublime; ni el tenebroso campo que viera la mística de Avila, de donde se había desterrado para siempre el amor: es el mismo solar con que soñaste, ennoblecido por el sacrificio, depurado por el dolor, engrandecido por la caridad, iluminado por la estrella de Belén!

La comunión a que perteneciste no ha bastardeado de tus consignas y más de una conquista se ha consumado en nombre tuyo. Una gallarda juventud, **sin miedo y sin tacha**, jura por ti, llega a retemplar sus dardos en tus fraguas volcánicas; atempera sus actos a tus normas; sigue sobre el polvo de los años las huellas inconfundibles de tus garras de león; difunde con ardor de aedas el sortilegio de tus versos... ¡ay! pero no logra ofrecer aún otro nombre que irradie al lado del tuyo... porque tú fuiste inimitable.

Tu desprendimiento sin par, tu sublime demencia batalladora debió de arder un día entre los libros del Manchego. ¿Y tu espada? ¿Y tu pluma? No surge todavía el osado a moverlas de donde tú mismo las colgaste.

Mágico prodigioso a quien tus propios hechos vistieron para siempre la túnica inflamada de la leyenda, horas vendrán en que no se discernan dónde acababa tu humanidad y dónde comenzaba el mito.

Hoy esta cara Colombia, a quien tú amaste hasta la muerte, se ha levantado a celebrarte. Tendidos duermen ya en sus sarcófagos de piedra —la extinta antorcha al lado y el insomne lebrél a sus plantas— los fieros paladines que blandieron contigo, cuando Dios quería, sus ponderosos montantes. ¿En dónde? Acaso en Roncesvalles, o más lejos quizás: ¡en las apartadas riberas de Ilión!

Herrán, Gutiérrez Lee, los Córdobas, Gutiérrez Echeverri, Giraldo Caballero, de Angulo, Eraso, Cárdenas, los Lunas, y Tejada, y Maya, y López, y Mosquera, y Zarama, y los bravos del sur y los del norte, y los del mar de Atlante y los del océano de Balboa!

Pero todavía alientan sus proceras estirpes. ¡Qué digo! Aún puede Marceliano Vélez, irguiéndose sobre la montaña fecunda, ofrendarte en nombre del patriotismo inmaculado su copa votiva en que rebosan el acíbar de todas las amarguras y la miel de todos los cordiales. Aún podéis vosotros, camaradas del olímpico Julio, brindarle las coro-

nas con que la gratitud os ha ceñido y, más afortunados que nosotros, tenéis el poder de reviviros todo el pasado sublime en estos brevísimos instantes; mas no olvidéis entonces la memoria de Sergio Arboleda, que fue para el otro potente dinamó que alimentó invisiblemente las fraternales energías; la densa y silenciosa nube en que tantas veces se preparó el relámpago; la sabiduría conquistada que se rindió sumisa ante las pragmáticas del genio. Pensando en él, sin duda, escribiste, ¡oh poeta! la estrofa inmortal en que se cifra todo el cristianismo:

“La misión de los buenos en la tierra
es hacer bien al hombre mientras vivan,
y bendecir el mal que de él reciban,
y con amor su ingratitud pagar,
para que al fin la humanidad rebelde,
por el constante ejemplo entusiasmada
de tanto ser amada y perdonada,
pueda aprender a perdonar y amar.

Muchas veces, viajando, he visto en las montañas devastadas por el incendio, todos los estragos del elemento ciego: piedras ennegrecidas, crispadas raíces que simulan tendones bárbaramente lacerados; sobre el mustio suelo, un vaporoso manto funeral salpicado fatídicamente de cenizas, y he solido encontrarme asentada en el tronco múmero y carbonizado de la que fuera un día viva columna tropical, un águila soberbia, en toda la majestad de su fiereza.

¡Cómo contrastan su mudez con la garrulería de lasavecillas circunstantes; su inmovilidad taciturna con la inquietud bulliciosa de los alados flautistas; la astral reverberación de sus ojos, eternamente abiertos, el ágata filoso y corvo de su pico, los nervudos y pujantes remos, con el medroso parpadeo, con las débiles tenacillas, con las alitas frágiles y los tímidos soportes, aptos únicamente para señorear el humilde reino de los insectos!

Semejante a aquella águila, ¡oh poeta-soldado! te encontrarán a ti las generaciones venideras dominando la muerta llanura del pasado, desde el ennegrecido tronco del siglo XIX.